

André Roubaud

Tres grandes novelistas analizados por sus editores

EMILE ZOLA

I

El notable periodista, André Roubaud publica en «Marianne», una entrevista hecha, al editor Eugène Fasquelle: que esparció por el mundo las novelas de Emile Zola y que fué su amigo durante muchos años.

Roubaud en una segunda entrevista al editor Gallimard nos presenta la personalidad interesantísima de Marcel Proust y en una tercera la de Louis Ferdinand Celine el autor de «Viaje al fondo de la noche».

Damos a nuestros lectores la evocación que hace de Zola su editor Fasquelle.

En próximos números daremos las de Proust y Celine.



ZOLA, exclama Eugène Fasquelle, cuando le hago mi primera pregunta, es toda mi juventud. Mis relaciones con él datan de lejos ya que hace una cincuentena de años fué testigo de mi matrimonio. Desde esa época, hasta el

día de su trágica muerte, nuestras relaciones fueron tan continuas y nuestros encuentros tan seguidos que por esta razón no poseo, fuera de lacónicas cartas de negocios, pocas que sean extensas, exceptuando el período de su destierro en Inglaterra durante el affaire Dreyfus en que escribía regularmente.

Nos veíamos a cada instante. Zola trabajaba en la mañana. Cada semana venía regularmente a pasar una hora de la tarde a la librería y fuera de esto muy a menudo, el jueves en la tarde, yo me reunía al escaso grupo de amigos que recibía en su casa.

—Este grupo, en efecto, debía reducirse a muy pocas personas, porque Zola era considerado, como un ser amante de la soledad.

—Sí. Se ha dicho que se retraía y aun que era un poco huraño. Aparecía a veces bajo este aspecto por dos razones: primero porque tenía temor a nuevas relaciones y vivía en la intimidad de un círculo de amigos muy restringido: temía también que su disciplina de trabajo sufriera y que no lograra aplicar estrictamente su divisa: («Nulla dies sine linea»). (No dejar un día sin una línea). La segunda razón de esa actitud era una timidez extremada. Ese genio poderoso que conmovía a las multitudes y cuya obra fulguraba en todo el mundo, era, a menudo de una timidez de principiante. Esta timidez, además, le impidió durante mucho tiempo hablar en público.

—¿Despreciaba la elocuencia?

—Al contrario, la admiraba profundamente. Hu-

biese querido agregar ese don a su talento de escritor para difundir sus ideas. Zola apreciaba mucho la elocuencia de Clemenceau y su rapidez en la réplica, esa facultad para contestar, que él poseía, sin embargo en estado latente y que exteriorizaba a veces venciendo su timidez.

—¿No pensaba en él cuando afirmaba que el genio no tiene vivacidad?

—No sé, pero puedo asegurarle que la poseía. A propósito recuerdo que en 1893 yo y Jeorges Charpentier, con quien me asocié, quisimos celebrar la conclusión de los «Rougon-Macquart» con un banquete ofrecido en el magnífico decorado de la isla del Bois de Boulogne. Todos los grandes nombres de la literatura, de las artes y de la prensa se habían reunido para contribuir al brillo de ese homenaje rendido al maestro de Medan. En el curso de esa manifestación, el general Jung, que creo que era entonces Ministro de la Guerra, dijo a Zola que lo que le impedía amar toda su obra era un punto negro: «La Dábacle», que hubiera sido mejor no escribir esa epopeya en prosa de la derrota militar de Francia en 1870-1871. Zola le respondió al momento: «Deseo ardientemente escribir «La Victoria», pero esto es asunto suyo, mi general».

—¿Qué actitud tenía frente a las críticas, a las inmundas críticas con que eran recibidas la mayor parte de sus obras? ¿Sufría con las injurias con que lo abru-

maban los que, con una buena fe discutible, lo consideraban como un pornógrafo y corruptor público?

—Cuando Zola se hallaba frente a una crítica injusta, se contentaba con decir: «Soy un viejo paraguas mojado [qué importa un chaparrón más! ...]». Cuando el artículo rebalsaba la crítica y descubría el prejuicio y la maldad evidente daba a eso el nombre de «sapo» y aseguraba trabajar mejor las mañanas en que antes de sentarse a su mesa de trabajo había tragado uno de esos «sapos».

—¿No tenía rencor contra la sociedad que lo había expuesto a tantas pruebas y decepciones en el tiempo de sus primeras tentativas literarias?

—Ninguno. Recordaba las dificultades halladas en iniciación; también fué hasta el fin muy acogedor con los principiantes. Para éstos se abría fácilmente su puerta, tan pesada, y cuando creía ver en ellos la aurora de un talento, les daba consejos, los animaba, sin hablar de la ayuda material inmediata solicitada a menudo, y los comprometía a que volvieran a verlo.

—¿Tenía confianza en sí mismo?... ¿Valorizaba su fuerza?

—En parte sí. Sin embargo, a pesar de su gloria consagrada, seguía atravesando en el alumbramiento de sus nuevas novelas por períodos de esperanza, de entusiasmo, de duda y a veces también de desaliento que dominaba pronto y que había conocido en su juventud. Estas son las felices taras inseparables al verdadero talento.

—¿Lo tenía al corriente de sus trabajos?

—Siempre. Yo era muy joven en esa época y me honraba con una confiada amistad. Recuerdo que un día me dijo:

—Acabo de empezar una novela y anticipadamente estoy muy contento de ella. Usted la verá, mi querido Pasquelle.

Seis meses después había cambiado de opinión.

¡Qué idea la mía de lanzarme en esta aventura! ¡Nunca podré salir de ella!...

Por fin, cierto día me trae Zola un paquete de páginas manuscritas y me dice:

—¡Veal! Tendrá que imprimir grueso libro con el agravante de que esta obra no podrá ser más extensa, porque el público tiene horror a las novelas tristes. Era «Germinal».

—¿Ganaba mucho dinero con sus obras?

—Mucho. Pero no concebía que se pudiera invertirlo. Consideraba que únicamente el trabajo debe producir dinero y nunca compró un título de renta. Le agradaba emplear el dinero de que disponía en adquirir obras de arte, bibelots y muebles de estilo y en adornar su casa.

En este momento Eugene Fasquelle sonríe:

—Pienso, dice, que los enemigos del affaire Dreyfus si escucharan estas palabras no dejarían de exclamar: ¿Y los tres millones?... Porque tanto han repetido que ese era el precio de su intervención!

—¿Cuáles fueron en realidad para él las repercusiones materiales de su actividad en ese affaire?

—El resultado de esa calaverada se saldó con un desastre, porque en el curso del proceso los treinta mil francos que poseía a su favor en mi librería se redujeron a polvo en menudos gastos judiciales y en gastos accesorios fuera de la incapacidad total durante un año para seguir su obra.

—¿Estuvo Ud. personalmente al tanto de su lucha de conciencia durante el affaire Dreyfus?

—De muy cerca. En enero de 1898 me pidió Zola que fuese a verlo urgentemente a la calle Bruxelles, donde vivía y me leyó esa carta dirigida al presidente de la República, que después se tituló «Yo acuso». Confieso que, muy espantado por la violencia de ese manifiesto y por las consecuencias que podrían derivarse de él y, por otra parte, desconociendo en absoluto el affaire, traté de disuadirlo de que obrara antes de haber reflexionado maduramente. Acepté, sin embargo, publicar en un folleto el documento, lo que se hizo en dos días, cuando se produjo el ofrecimiento de «L'Aurore» de difundirlo en doscientos mil ejemplares, en un número especial, esa carta dirigida al Presidente de la República bajo el título de «Yo acuso». Zola acababa de remover el más grande de los affaires judiciales del siglo.

—¿Cuál era la orientación intelectual de Zola en 1902, en el momento de morir víctima de un accidente? Cree que hubiera ensanchado o abandonado el

molde de la novela para adoptar una amplia formula de relato histórico de tendencia socialista como hacen suponerlo «Las tres ciudades»?

—Zola era, ante todo, un novelista y nada nos permite creer que se hubiese demostrado infiel hacia el género literario que había ilustrado con tanta maestría. En el momento en que lo sorprendió la muerte, en plena actividad creadora, iba a escribir una novela, «Justicia». Esta obra debía exponer las bases de una sociedad organizada según los principios de un elevado idealismo, y Zola con su clarividencia acostumbrada, veía ya asomar, doce años antes de que una guerra mundial estallara por esta causa, la era en que los pueblos podrían ser dueños de su destino.

Lástima es que Mr. Fasquelle no nos ofrezca un estudio completo sobre el gran novelista, porque ya es tiempo de que se vuelva a hablar de Zola y que por fin se le ubique en su lugar. Muchos son los que piensan con André Gide que el menosprecio de que hoy existe hacia este escritor es una monstruosa injusticia que no hace mucho honor a los críticos literarios de esta época.

(Traducido especialmente para «Atenea», por A. CRUCHAGA S. M.)